

Violencia de los espectadores en el deporte griego antiguo¹

Fernando GARCÍA ROMERO

Universidad Complutense de Madrid

RESUMEN

El artículo ofrece una recopilación y análisis de las noticias que los autores antiguos nos han transmitido sobre comportamientos violentos de los espectadores en el deporte griego antiguo. Mientras que diversos textos, especialmente de época imperial, nos documentan sucesos muy violentos ocurridos en los hipódromos griegos, las informaciones que nos hablan de episodios de violencia protagonizados por los espectadores en los estadios griegos son escasísimos. Se indican las posibles causas que pudieran explicar esta, quizá sorprendente, ausencia de violencia por parte de los espectadores en los estadios de la antigua Grecia.

PALABRAS CLAVE

Deporte, violencia, hipódromo, *factiones*, religión, juegos sagrados.

ABSTRACT

The essay furnishes a compilation and study of the information we know from ancient authors about violent behaviours of spectators in ancient Greek athletics. Some texts, above all from the Imperial period, speak to us about very violent incidents in Greek racecourses; on the contrary, news we have about violent acts performed by spectators in Greek *stadia* are very scarce. We analyse possible reasons to explain this scarce violence from the spectators in the *stadia* of ancient Greece.

KEY WORDS

Sport, violence, racecourse, *factiones*, religion, sacred games.

En *Anales* XIV 17 Tácito relata de la siguiente manera los violentos enfrentamientos que se produjeron en el anfiteatro de Pompeya, en el año 59 p.C., entre los aficionados locales y sus vecinos de la ciudad de Nocera²:

¹ Quiero expresar mi gratitud por su valiosísima ayuda a Werner Petermandl, de la Universidad de Graz, cuya amabilidad me ha permitido tener acceso a la bibliografía indispensable y me ha indicado varios de los textos que se citan en este trabajo.

² Estos lamentables sucesos tuvieron gran eco en su momento y aparecen ilustrados también en un fresco pompeyano que se encuentra en el Museo Arqueológico de Nápoles.

Por la misma época se produjo una terrible masacre entre habitantes de Nocera y Pompeya originada por un asunto sin importancia en un espectáculo de gladiadores que organizó Livineyo Régulo... Comenzaron insultándose unos a otros con la incontinencia propia de la gente de provincias, luego pasaron a las piedras y finalmente echaron mano de las armas, llevando las de ganar los de Pompeya, en cuya ciudad se organizaba el espectáculo. Fueron, en efecto, llevados a su ciudad muchos de los de Nocera con el cuerpo mutilado por las heridas, y un gran número de personas lloraron las muertes de sus hijos o sus padres. El emperador remitió al Senado el juicio de este asunto, y el Senado lo remitió a los cónsules; y cuando el asunto volvió de nuevo a los senadores, se prohibió a los pompeyanos organizar reuniones públicas de esta clase durante diez años³ y fueron disueltas las asociaciones que se habían constituido contra las leyes⁴. Livineyo y los demás que habían provocado el tumulto fueron condenados al exilio.

Es éste uno de los bastante abundantes testimonios que nos hablan de los violentos enfrentamientos que tenían lugar entre los espectadores que asistían a los juegos del anfiteatro y especialmente a las carreras hípicas del circo romano y luego del hipódromo bizantino, donde son de sobra conocidos los frecuentes altercados que se producían entre los fanáticos seguidores de las diversas *factiones* (los blancos, los rojos, los verdes y los azules)⁵.

Pero ¿qué sucedía en el caso del deporte griego antiguo? Quizá para sorpresa nuestra, no son muchos los textos que nos hablan de comportamientos violentos por parte del público deportivo de la antigua Grecia, y los escasos testimonios parece que nos invitan a establecer una distinción entre las pruebas hípicas que tenían lugar en los hipódromos (aparentemente más proclives a suscitar entre los espectadores conductas violentas, sobre todo tal vez a partir de época imperial), y las pruebas atléticas que se disputaban en los estadios (carreras, lanzamientos, saltos, y duras disciplinas como la lucha, el boxeo y el pancracio, cuya violencia curiosamente parece que no se contagiaba con frecuencia al público, al contrario de lo que sucedía en anfiteatros e hipódromos).

Por lo que respecta a las carreras del hipódromo, varios textos de dos autores de época imperial, Dión de Prusa (s. I-II p.C.) y Filóstrato (s. II-III p.C.), nos muestran a las claras que también en la parte griega del Imperio estaba ya extendida entre el público la violencia que hemos señalado que existía en el circo romano y que luego heredará el hipódromo

³ Tres años después la prohibición fue suprimida, para consolar a los pompeyanos por la desgracia de haber sufrido un terremoto.

⁴ Podríamos probablemente equiparar estas asociaciones ilegales con los grupos ultras del deporte moderno.

⁵ La bibliografía al respecto es muy abundante. Pueden consultarse los estudios de Aigner, Auguet, Cameron, Crowther, Guttmann (pp. 19-34), Harris (1972), Lee, Laemmer (1987), Thuillier (pp. 155 ss., 165 ss.) y Weiler (1987, 1987 bis, y 1988²: 248 ss.).

mo bizantino. Cuenta, en efecto, Filóstrato en la *Vida de Apolonio de Tiana* (I 15) que este místico neopitagórico griego nacido en Capadocia a comienzos de la era cristiana permaneció cinco años haciendo voto de silencio y que

διέτριψέ τε τοὺς τῆς σιωπῆς χρόνους τὸν μὲν ἐν Παμφύλοις, τὸν δὲ ἐν Κιλικία..... ὁπότε μὴν στασιαζούσῃ πόλει ἐντύχοι, πολλαὶ δὲ ἐστασίαζον ὑπὲρ θεαμάτων οὐ σπουδαίων, παρελθὼν ἂν καὶ δεῖξας ἑαυτὸν καὶ τι καὶ μελλούσης ἐπιπλήξεως τῇ χειρὶ καὶ τῷ προσώπῳ ἐνδειξάμενος ἐξήρητ' ἂν ἀταξία πᾶσα καὶ ὡσπερ ἐν μυστηρίοις ἐσιώπων. καὶ τὸ μὲν τοὺς ὀρχηστῶν τε καὶ ἵππων ἔνεκα στασιάξεν ὠρμηκότητας ἀνασχεῖν οὐπω μέγα, οἱ γὰρ ὑπὲρ τοιούτων ἀτακτοῦντες, ἂν πρὸς ἄνδρα ἴδωσιν, ἐρυθριῶσι τε καὶ αὐτῶν ἐπιλαμβάνονται καὶ ῥᾶστα δὴ ἐς νοῦν ἤκουσι.⁶

Una vez recobrada la voluntad de hablar, Apolonio (siempre según el relato de Filóstrato, V 26) expresó aún con mayor contundencia sus críticas contra el comportamiento de los espectadores en los hipódromos griegos, durante su estancia en Alejandría:

προσκεϊμένης δὲ τῆς Ἀλεξανδρείας ἵπποις καὶ ζυμφοιτώσεως μὲν ἐς τὸν ἵππόδρομον ἐπὶ τῇ θεᾷ ταύτῃ, μισαιφονούντων δὲ ἀλλήλους ἐπίπληξιν ὑπὲρ τούτων ἐποιεῖτο, καὶ παρελθὼν ἐς τὸ ἱερὸν «ποιῖ» ἔφη «παρατενεῖτε ἀποθνήσκοντες οὐχ ὑπὲρ τέκνων οὐδὲ ἱερῶν, ἀλλ' ὡς χραίνοιτε μὲν τὰ ἱερὰ λύθρου μεστοὶ ἐς ταῦτα ἦγοντες, φθειροῖσθε δὲ ἔσω τείχους· καὶ Τροίαν μὲν, ὡς ἔοικεν, ἵππος εἷς διεπόρθησεν....., ἐφ' ὑμᾶς δὲ ἄρματα ἐξευκταὶ καὶ ἵπποι, δι' οὓς οὐκ ἔστιν ὑμῖν εὐνήϊως ζῆν. ἀπόλλυσθε γοῦν..... ὑπ' ἀλλήλων, ὃ μῆδ' οἱ Τρῶες ἐν τῇ μέθῃ. κατὰ μὲν οὖν τὴν Ὀλυμπίαν, οὐ πάλης καὶ πυγμῆς καὶ τοῦ παγκρατιάξεν ἀθλα, οὐδεὶς ὑπὲρ ἀθλητῶν ἀπέθανεν ἴσως καὶ ζυγγνώμης ὑπαρχούσης, εἴ τις ὑπερσπουδάξοι περὶ τὸ ὀμόφυλον, ὑπὲρ δὲ ἵππων ἐνταῦθα γυμνὰ μὲν ὑμῖν ἐπ' ἀλλήλους ζίφη, βολαὶ δὲ ἔτοιμοι λίθων.⁷

⁶ «Pasó los años de silencio parte en Panfilia y parte en Cilicia... Cuando se encontraba una ciudad sacudida por disturbios, y eran muchas las que lo estaban por causa de espectáculos no serios, con llegar, hacer acto de presencia y poner de manifiesto con la mano o el rostro el reproche que iba a hacerles, se acababa todo desorden y guardaban silencio como si estuvieran en los misterios. Y contener a quienes han iniciado disturbios por bailarines o caballos no es gran cosa, porque quienes causan desórdenes por tales motivos, si ven a un hombre de verdad, se ruborizan, recuperan el control y con mucha facilidad se avienen a razones».

⁷ «Dado que Alejandría era aficionada a los caballos y frecuentaba el hipódromo para ese espectáculo, y se mataban unos a otros, les hizo reproches por ello y tras entrar en el santuario dijo: '¿Hasta cuándo continuaréis muriendo no en defensa de vuestros hijos ni de vuestros santuarios, sino para manchar estos santuarios llegando a ellos llenos de sangre coagulada y para dejarlos matar dentro de sus muros? A Troya, según parece, la destruyó un solo caballo... pero a vosotros se os uncen carros y caballos y a causa de ellos no os es posible vivir dócilmente. Morís, pues,..... unos a manos de los otros, lo cual no hicieron siquiera los troyanos en plena borrachera. Es más, en Olimpia, donde hay pruebas de lucha, pugilato y pancracio, no ha muerto nadie por causa de los atletas, aunque quizá hubiera habido excusa si alguno se hubiera enardecido en exceso por alguien de su misma familia o pueblo; pero aquí por causa de los caballos tenéis las espadas desnudas unos contra otros y las piedras están dispuestas para ser lanzadas».

De todas formas, a pesar de la capacidad de persuasión que Filóstrato atribuye a Apolonio para calmar multitudes enardecidas por las competiciones deportivas, parece que, como por otro lado era de esperar, los alejandrinos no hicieron mucho caso de la encendida arenga del sabio Apolonio y siguieron cometiendo desmanes en los hipódromos, de manera que otro sabio algo posterior, el orador Dión de Prusa, volvió a la carga contra la afición de los alejandrinos por matarse los unos a los otros por unos caballos (probablemente con el mismo nulo éxito que había cosechado Apolonio de Tiana). Dice así Dión en el discurso que dirigió a los alejandrinos a comienzos del siglo II p.C. (XXXII 41-46 y 74):

μαινομένην δὲ ὑπὸ ὠδῆς καὶ δρόμων ἵππικῶν καὶ μηδὲν ἄξιον πράττουσαν ἐν τούτοις ἑαυτῆς. οἱ γὰρ ἄνθρωποι θύοντες μὲν εἰσι μέτριοι καὶ βαδίζοντες καθ' αὐτοὺς καὶ ἄλλα πράττοντες· ὅταν δὲ εἰς τὸ θέατρον εἰσέλθωσιν ἢ τὸ στάδιον⁸, ὥσπερ φαρμάκων αὐτοῖς ἐκεῖ κατορωρυγμένων, οὐδὲν οἶδασι τῶν προτέρων οὐδὲ αἰσχύνονται λέγειν ἢ ποιεῖν ὅ τι ἂν αὐτοῖς ἐπέλθῃ. τὸ δὲ πάντων χαλεπώτατον, ἐσπουδακότες περὶ τὴν θεάν οὐχ ὁρῶσι καὶ ἀκούειν ἐθέλοντες οὐκ ἀκούουσι, σαφῶς ἐξεστηκότες καὶ παρανοοῦντες, οὐκ ἄνδρες μόνον, ἀλλὰ καὶ παῖδες καὶ γυναῖκα.....

.....ἀλλ' ὅταν εἰς τὸ στάδιον ἔλθητε, τίς ἂν εἰπεῖν δύναίτο τὰς ἐκεῖ κραυγὰς καὶ θόρυβον καὶ ἀγωνίαν καὶ σχημάτων μεταβολὰς καὶ χρωμάτων καὶ βλασφημίας οἷας καὶ ὅσας ἀφίετε;⁹

Como contraste con el muy inadecuado comportamiento del público deportivo de la Alejandría del siglo II p. C., Dión (XXXII 80) acude al ejemplo de Homero (tergiversando claramente el texto homérico en su propio beneficio):

τοὺς μὲν ἡνιόχους πεποιήκεν ἀγωνιστὰς καὶ φιλοτιμουμένους, τοὺς δὲ θεατὰς καθ' ἡσυχίαν θεωροῦντας, ὥσπερ καὶ προσῆκε. μόνον δ' ἐπὶ τὸ τέλος φησὶν Αἴαντα τὸν Λοκρὸν ὁρᾶν ἀπρεπέστερον καὶ λοιδορεῖσθαι Ἴδομενεὶ περὶ τῶν ἵππων τῶν Εὐμήλου.¹⁰

⁸ Aunque Dión hable del teatro y del estadio, parece que está pensando principalmente en espectáculos musicales y en las competiciones ecuestres del hipódromo (poco antes ha dicho ὑπὸ ὠδῆς καὶ δρόμων ἵππικῶν).

⁹ «(Y dirán que) es ésta una ciudad loca por la música y por las carreras de caballos y que en estos espectáculos no se comporta en absoluto de manera digna de ella. Porque sus habitantes, cuando hacen un sacrificio, son comedidos y lo mismo cuando pasean solos y hacen las demás cosas. Pero cuando entran al teatro o al estadio, como si tuvieran allí drogas enterradas, no se acuerdan de nada de lo anterior y no se avergüenzan de decir o hacer lo que se les ocurre. Y lo más penoso de todo es que, estando interesados en el espectáculo, no ven y, aunque quieren escuchar, no escuchan, porque están evidentemente fuera de sí y con la mente enajenada, no sólo los hombres, sino también los niños y las mujeres.....pero cuando entráis en el estadio, ¿quién podría describir los gritos que allí se oyen, el escándalo, las angustias, los cambios de humor y de color y la cantidad y calidad de las palabrotas que soltáis?».

¹⁰ «(Homero presenta) a los aurigas como rivales y luchando por la gloria, pero a los espectadores contemplan do tranquilamente el espectáculo, como convenía. Y sólo al final afirma que Ayante de Locros no asistía al espectáculo como debía e insultó a Idomeo a propósito de los caballos de Eumelo».

Dión está aludiendo, por supuesto, a la primera crónica deportiva, pormenorizadísima, de nuestra tradición literaria, los juegos que organiza Aquiles en el canto XXIII de la *Iliada* para honrar la memoria de Patroclo, y lo cierto es que Dión describe de manera interesadamente benévola el comportamiento de los espectadores homéricos, de los cuales no se puede decir de manera objetiva, si atendemos al relato de Homero y también a su ilustración iconográfica en el llamado «Vaso de Sófilo»¹¹, que estén contemplando la carrera de caballos «tranquilamente» (καθ' ἡσυχίαν). He aquí el relato homérico (*Iliada* XXIII 469-494)¹²:

[Habla Idomeneo]

ἀλλ' ἴδεσθε καὶ ὕμμες ἀνασταδόν· οὐ γὰρ ἔγωγε
εὖ διαγιγνώσκω· δοκέει δέ μοι ἔμμεναι ἀνήρ
Αἰτωλὸς γενεήν, μετὰ δ' Ἀργείοισιν ἀνάσσει,
Τυδέος ἵπποδάμου υἱός, κρατερός Διομήδης.
τὸν δ' αἰσχυρῶς ἐνένιπεν Ὀϊλῆος ταχὺς Αἴας·
«Ἰδομενεῦ, τί πάρος λαβρεύεαι· αἱ δ' ἔτ' ἀνευθεν
ἵπποι ἀερσίποδες πολέος πεδίοιο διένται.
οὔτε νεώτατός ἐσσι μετ' Ἀργείοισι τοσοῦτον,
οὔτε τοι ὀξύτατον¹³ κεφαλῆς ἔκ δέρκεται ὄσσε·
ἀλλ' αἰεὶ μύθοις λαβρεύεαι· οὐδέ τί σε χρῆ
λαβραγόρην ἔμεναι· πάρα γὰρ καὶ ἀμείνονες ἄλλοι.
ἵπποι δ' αὐταὶ ἕασι παροίτεραι, αἱ τὸ πάρος περ,
Εὐμήλου, ἐν δ' αὐτὸς ἔχων εὐλήρα βέβηκε.»
τὸν δὲ χολωσάμενος Κρητῶν ἀγὸς ἀντίον ἠΐδα·
«Αἴαν, νεῖκος ἄριστε, κακοφραδές, ἄλλα τε πάντα
δεύεαι Ἀργείων, ὅτι τοι νόος ἐστὶν ἀπηνής.
δεῦρὸν νυν, ἢ τρίποδος περιδώμεθον ἠὲ λέβητος,
ἴστορα δ' Ἀτρεΐδην Ἀγαμέμνονα θείοιμεν ἄμφω,
ὀπότεραι πρόσθ' ἵπποι, ἵνα γνώης ἀποτίνων.»

¹¹ Se trata de un conocido fragmento cerámico de ca. 580 a.C., que se guarda en el Museo Arqueológico Nacional de Atenas y representa la carrera de carros narrada en el canto XXIII de *Iliada*. El público aparece muy excitado sobre una tribuna, e incluso uno de los espectadores agita una especie de bastón o cetro. Cf. García Romero (1992, ilustración número 11).

¹² Sobre este pasaje, además de la bibliografía ya citada (véase, por ejemplo, Laemmer [1987]: 233), pueden consultarse los trabajos de Patrucco (1972: 399-400), Weiler (1974: 223) y Kyle (1984).

¹³ Los escolios al v. 476 comentan: «Rudo es el insulto, pero está imitando comportamientos de los espectadores» (ἀγροικώδης μὲν ἡ λοιδορία, ἀλλὰ μιμεῖται διαθέσεις θεατῶν). Véase también el comentario de Eustacio a propósito del v. 468 (1311, 20 ss.): ἐκθέσθαι τὰ τοῖς ἵππικοῖς ἀγῶσι συμπίπτοντα, ὡς εἰκόσ, ὧν ἔστι πρὸς ἄλλοις καὶ τὸ προσπαθῶς ἐκάστους ἔχειν μέρεσι καὶ ἀνιμαχίας ἐν λόγοις τίθεσθαι καὶ χρήμασι ζημιουῶν ἑαυτοὺς ἐπὶ λύσει φιλονεικείας καὶ κριτὰς ἑαυτοὺς καθίζειν.

ὡς ἔφατ', ὄρνυτο δ' αὐτίκ' Ὀϊλῆος ταχὺς Αἴας
χαόμενος χαλεποῖσιν ἀμείβεσθον ἐπέεσσι
καί νύ κε δὴ προτέρω ἔτ' ἔρις γένετ' ἀμφοτέροισιν,
 εἰ μὴ Ἀχιλλεὺς αὐτὸς ἀνίστατο καὶ φάτο μῦθον·
 «μηκέτι νῦν χαλεποῖσιν ἀμείβεσθον ἐπέεσσι.....»¹⁴

Leyendo estos versos, uno tiene la impresión de que en el enfrentamiento entre Ayante e Idomeneo hubiera habido más que palabras de no mediar la intervención apaciguadora de Aquiles, e incluso de que si las agrias palabras que se cruzan Ayante e Idomeneo, cada uno en defensa de su favorito, no llegan a la categoría de soeces insultos es quizá porque la poesía épica no admite dentro de su vocabulario palabras soeces. Así pues, contra lo que afirma Dión, los espectadores homéricos no contemplan el espectáculo «tranquilamente» y parece que las carreras ecuestres ya levantan pasiones encontradas (y violencias) en esta nuestra primera descripción literaria conocida de una competición deportiva.

En contraste con lo que los textos citados hasta aquí (no muy numerosos, por cierto) muestran que sucedía en el hipódromo, los testimonios que nos hablan de comportamientos violentos de los espectadores en las pruebas que se disputaban en el estadio (algunas de las cuales ya hemos comentado que comportaban fuertes dosis de violencia) son muy escasos, yo me atrevería incluso a decir que sorprendentemente escasos, dada la enorme cantidad de documentos literarios, epigráficos e iconográficos que nos informan sobre el deporte griego antiguo a lo largo de un dilatadísimo período que supera los 1.500 años; esos testimonios, además, tampoco nos hablan por lo general de una violencia especialmente desmedida, como la que se nos describe a propósito del hipódromo. Veamos lo que nos dicen tales textos, empezando por aquéllos que nos dan cuenta de actos violentos del público contra los atletas.

Los dos primeros pasajes que vamos a considerar nos sitúan en el mundo del mito. En el libro II de *El viaje de los Argonautas*, Apolonio de Rodas relata cómo los Argonautas lle-

¹⁴ «Pero levantaos y mirad también vosotros, pues yo no distingo bien [quién encabeza la carrera]; pero me parece que es un varón de linaje etolo, el hijo de Tideo domador de caballos, el fuerte Diomedes». Y a él contestó agriamente el rápido Ayante hijo de Oileo: «Idomeneo, ¿por qué charlataneas antes de lo debido? Las yeguas que alzan los pies vienen corriendo a lo lejos por la amplia llanura. Tú no eres el más joven entre los argivos ni la vista de los ojos de tu cara es la más aguda; sin embargo, siempre estás charlataneando. No debes ser en modo alguno tan charlatán, pues hay presentes otros que son superiores. Las yeguas que van delante son las mismas de antes, las de Eumelo, y él mismo va en su carro y tiene las riendas». El caudillo de los cretenses le replicó irritado: «Ayante, el mejor en las riñas, malintencionado, y en todo lo demás estás por debajo de los argivos porque tu espíritu es cruel. Aquí ahora apostemos un trípode o una caldera y nombremos árbitro al Atrida Agamenón, a ver cuáles son las yeguas que vienen delante y tú aprendas pagando». Así dijo, y se levantó de inmediato el rápido Ayante hijo de Oileo para contestarle irritado con duras palabras. Y la disputa entre ambos se hubiera prolongado más aún, si no se hubiera puesto en pie el propio Aquiles diciendo: «Dejad de intercambiar duras y malas palabras...».

gan al país de los belicosos Bébrices (en Bitinia), cuyo rey Ámico tenía por ley que ningún extranjero abandonase su país sin antes haber medido sus fuerzas contra él en un combate pugilístico, en el que siempre vencía y mataba a sus adversarios, pues no en vano Ámico es presentado sistemáticamente por nuestras fuentes como un gigante¹⁵. Los griegos escogen para que luche contra él a Polideuces, el púgil por excelencia del mito griego, quien obtiene la victoria, muriendo Ámico en el combate; los Bébrices, entonces, no aceptan de buen grado el resultado del combate (vv. 98 ss.):

οὐδ' ἄρα Βέβρυκες ἄνδρες ἀφείδησαν βασιλῆος,
ἀλλ' ἄμυδις κορύνας ἀζηχέας ἠδὲ σιγύννους
ἰθὺς ἀνασχόμενοι Πολυδεύκεος ἀντιάσκον·
τοῦ δὲ πάρος κολεῶν εὐήκεα φάσγαν' ἑταῖροι
ἔσταν ἐρυσσάμενοι.....¹⁶

¿Debemos pensar que Apolonio se está basando en lo que sucedía realmente en los estadios griegos cuando describe a los Bébrices intentando agredir al atleta que ha derrotado a su rey? En este caso concreto creo que no, ya que precisamente el combate entre Ámico y Polideuces es el modelo que representa en la tradición griega la superioridad del deporte «civilizado» (sometido a unas reglas y en el que es fundamental el dominio de la técnica de la disciplina en cuestión) sobre la simple fuerza bruta incontrolada¹⁷. Así, si Ámico es el atleta «bárbaro» que se opone al «civilizado» Polideuces, de la misma manera los Bébrices deberían ser retratados como un público bárbaro cuyo comportamiento no reflejaría la conducta habitual del público griego, de modo que no pienso que este pasaje muestre necesariamente que existieran, más o menos frecuentemente, agresiones físicas del público griego contra quien derrotaba al atleta local en los juegos orga-

¹⁵ Recuérdense las descripciones que de Ámico hacen el propio Apolonio (II 1 ss.), Teócrito (XXII 44 ss.) y Valerio Flaco (*Argonáuticas* IV 99 ss.), y también las representaciones iconográficas del enfrentamiento entre Ámico y Polideuces, en especial la «Cista Ficoroni». Véanse al respecto D. Hagopian, *Pollux' Faustkampf mit Amykos*, Stuttgart 1955; A. Köhnken, *Apollonios Rhodios und Theokrit*, Göttingen 1965; Weiler (1974): 176 ss.; A. Bettenworth, «Giganten in Bebyrien: die Rezeption der Amykosgeschichte bei Valerius Flaccus», *Hermes* 131 (2003): 312-322. Para los testimonios iconográficos: Del Corno (1971-74), Beckel (1981); S. Scheurer y R. Bielfeldt, en R. Krumeich – N. Pechstein – B. Seidensticker (eds.), *Das griechische Satyrspiel*, Darmstadt, 1999: 245-247.

¹⁶ «Tampoco entonces los Bébrices abandonaron a su rey, sino que todos a una levantando mazas duras y venablos de hierro fueron derechos a enfrentarse a Polideuces. Pero delante de él sus compañeros se apostaron, sacando de sus vainas espadas puntiagudas...».

¹⁷ Tal oposición es meridionalmente clara en los relatos de Teócrito, Apolonio y Valerio Flaco, pero también en la representación plástica de las figuras de Ámico y Pólux: «In diesen Bildern ist Amykos gewöhnlich – im Gegensatz zum jugendlichen Polydeukes – durch struppiges Haar und wilden Bart charakterisiert» (Beckel [1981]: 742). Véanse también Bilinski (1960): 53-54 y 97; Weiler (1974): 176 ss.; R. Kerkhof, *Dorische Possen. Epicharm und attische Komödie*, München-Leipzig, 2001: 142; F. García Romero, «À propos du drame satyrique *Amykos* de Sophocle et la comédie *Amykos* d'Epicharme», en *Festschrift Professor Wolfgang Decker* (= *Nikephoros* 18), Hildesheim 2006 (en prensa).

nizados (al menos en lo que respecta a las competiciones más importantes, ya que sobre las competiciones locales estamos mucho peor informados). Y lo mismo cabe decir probablemente a propósito de un texto homérico (*Odisea* XVIII 55-57) que no nos habla tampoco de una competición regulada y organizada, sino de un combate pugilístico improvisado y también paródico¹⁸. Los pretendientes de Penélope, para divertirse, organizan un combate de boxeo entre Iro, el mendigo habitual del palacio, y un mendigo recién llegado, que no es otro que Ulises disfrazado, y éste pide lo siguiente antes de la pelea, sabiendo que Iro es el «favorito» de los pretendientes:

ἀλλ' ἄγε νῦν μοι πάντες ὁμόσσετε καρτερὸν ὄρκον,
μή τις ἐπ' Ἴρω ἦρα φέρων ἐμὲ χειρὶ βαρεΐη
πλήξῃ ἀτασθάλλων, τούτῳ δέ με ἴφι δαμάσσει.¹⁹

Hemos de dar un salto de nada menos que un milenio para volver a encontrar otro texto que apunte en la misma dirección, que nos hable de violencia del público contra los atletas, y tampoco en este caso se nos dice explícitamente que los espectadores agredieran a los atletas, aunque quizá podríamos deducir de ese texto que era una circunstancia que se daba en el deporte griego. En su obra erudita *Descripciones de cuadros* (I 6.4.) Filóstrato describe el titulado «Amores», una de cuyas escenas representa a unos cursis amorcillos que realizan una parodia de lucha deportiva²⁰, la cual acaba de la siguiente manera:

ἀλγεῖ δὲ ὁ στρεβλούμενος καὶ κατεσθίει τοῦ παλαιστοῦ τὸ οὖς. ὅθεν δυσχεραίνουσιν οἱ θεώμενοι τῶν ἐρώτων ὡς ἀδικοῦντι καὶ ἐκπαλαίοντι, καὶ μήλοισι αὐτὸν καταλιθοῦσι.²¹

Quizá a partir de esta descripción paródica podamos deducir que los espectadores griegos en determinadas circunstancias arrojaban objetos más o menos contundentes a los atletas que violaban las reglas, aunque para castigar tales violaciones estaban los árbitros y la policía que se encontraba a su servicio, como luego comentaremos.

Un contemporáneo de Filóstrato, el viajero Pausanias (VI 13.1), sí que nos comenta explícitamente un caso en el que los aficionados desahogaron violentamente su ira con-

¹⁸ Cf. Laemmer (1987): 233.

¹⁹ «¡Ea!, Ahora todos hacedme un firme juramento, que ninguno en defensa de Iro me va a golpear con pesada mano obrando insensatamente y me va a someter a éste por la fuerza».

²⁰ Cf. Weiler (1987): 143.

²¹ «Preso del dolor, el Amor al que le retuercen el dedo muerde la oreja de su contrincante, y por eso los Amores que forman el público se enfadan, porque es ilegal y contrario a las reglas de la lucha, y lo lapidan con manzanas» (las cuales, como símbolos eróticos que son, arrojan los Amores en lugar de otros objetos contundentes).

tra un atleta, aunque no lo agredieron a él directamente, sino a sus símbolos y posesiones. Se trata de la conocida historia del gran corredor Ástilo de Crotona, quien venció en el estadio y en el doble estadio de los Juegos Olímpicos de los años 488 y 484, y en 480 triunfó en esas dos pruebas y también en la carrera con armas, pero ya no competía representando a su ciudad natal, sino a la poderosa Siracusa, probablemente a cambio de una sustanciosa cantidad de dinero²². Como es natural, los crotoniatas no se tomaron muy bien la traición de su excompatriota y destrozaron la estatua honorífica que le había sido erigida en el santuario de Hera Lacinia y convirtieron su casa en prisión. Otra disputa sobre la nacionalidad de un atleta (el joven Teletias, vencedor en los Juegos Píticos, no sabemos en qué época), comenta Plutarco (*Sobre la demora de la justicia divina* 7, 553a) que se produjo entre los habitantes de las ciudades de Sición y de Cleonas; en este caso el joven sufrió en sus propias carnes la vehemencia de quienes querían presumir de su triunfo, ya que cuenta Plutarco que quedó atrapado entre los dos grupos y murió despedazado²³. Y es que a veces los amores matan más que los odios.

Por último, un texto de plena época clásica nos habla de golpes propinados por los espectadores a los atletas, aunque en este caso parece que más bien con intención de divertirse que de hacer daño. Se trata de un pasaje de *Las ranas* de Aristófanes, representada en el año 405 a.C.²⁴, en el cual el dios Dioniso comenta lo siguiente a propósito del hecho de que la falta de entrenamiento físico ha debilitado las fuerzas y el carácter de los jóvenes atenienses de la época (vv. 1089-1097):

μὰ Δί' οὐ δῆθ', ὥστ' ἐπαφουάνθην
 Παναθηναίοισι γελῶν, ὅτε δὴ
 βραδὺς ἄνθρωπος τις ἔθει κύμας
 λευκὸς πίων ὑπολειπόμενος
 καὶ δεινὰ ποιῶν· κᾶθ' οἱ Κεραμῆς
 ἐν ταῖσι πύλαις παίουσ' αὐτοῦ
 γαστέρα πλευρὰς λαγόνας πυγῆν,
 ὁ δὲ τυπτόμενος ταῖσι πλατεῖαις ὑπερδόμενος
 φουσῶν τὴν λαμπάδ' ἔφευγεν.²⁵

²² Cf. F. García Romero, «La buona salute degli atleti di Crotona (o delle zecche): su un proverbio greco antico», en A. Teja, F. García Romero, S. Mariano y D. Bolz (eds.), *Sport e culture. Atti del IX Congresso Internazionale di Storia dello Sport*, Calopezzati (Cosenza), 2005: 39-47 (con bibliografía).

²³ Cf. Laemmer (1987): 234.

²⁴ Un estudio de este texto (y de otros que se refieren a los mismos hechos) puede verse en García Romero (2003).

²⁵ «No, por Zeus, desde luego que no, de manera que me quedé seco de la risa en las Panateneas, cuando un hombre lento corría encorvado, blanco, gordo, quedándose rezagado y haciendo terribles esfuerzos. Y luego los del barrio del Cerámico en las Puertas le golpeaban el vientre, los costados, los riñones, el culo, y él, al recibir las palmadas, se tiró unos pedos, apagó la antorcha y salió huyendo».

Este episodio bufo más o menos deportivo habría tenido lugar durante la carrera de relevos (los corredores se pasaban unos a otros una antorcha encendida) que formaba parte del programa de las Panateneas. El riesgo de que se produjeran este tipo de acciones por parte del público era más alto en las carreras con antorchas que en las competiciones que tenían lugar en el estadio, dado que las carreras con antorchas a las que se refiere el pasaje aristofánico se desarrollaban a través de las calles de Atenas pobladas de espectadores²⁶ y no en un recinto cerrado en el que público y atletas estaban bien separados (recuérdese lo sucedido durante la maratón de los Juegos Olímpicos de Atenas en 2004); además, en el caso de las carreras con antorchas se trataba de un deporte de equipo (un tema sobre el que volveremos más adelante) en el que se enfrentaban las diversas tribus de la ciudad, entre las cuales había sin duda fuertes rivalidades que aumentarían el riesgo de que se dieran esta clase de acciones. De hecho, en la *Poliorcética* de Eneas el Tático, compuesta a mediados del siglo IV a.C. (apenas cincuenta años después de la representación de *Las ranas*), se previene sobre el hecho de que este tipo de aglomeraciones (las carreras con antorchas y las competiciones del hipódromo son mencionadas explícitamente) son propicias para provocar desórdenes públicos e incluso pueden ser aprovechadas para iniciar levantamientos políticos contra el poder establecido (*Poliorcética* XVII 1)²⁷:

ἐν δὲ μὴ ὁμονοοῦση πόλει καὶ ὑπόπτως πρὸς ἀλλήλους ἐχόντων χρῆ πρόνοοῦντα εὐλαβεῖσθαι τὰς μετ' ὄχλου ἐξόδους ἐπὶ θεωρίαν λαμπάδος καὶ ἵπποδρομίας καὶ τῶν ἄλλων ἀγώνων ὅσαι γε ἱεροποιίαι πανδημεῖ ἐκτὸς τῆς πόλεως καὶ σὺν ὄπλοις πομπαὶ ἐκπέμπονται.²⁸

Pero el aprovechamiento político de la agresividad de los espectadores deportivos se dio también en los grandes juegos. De ello tenemos un par de testimonios, que nos remiten a los siglos V y IV a.C. Basándose en Teofrasto, nos cuenta Plutarco (*Temístocles* XXV 1)²⁹ que el tirano Hierón de Siracusa (el mismo que consiguió que Ástilo corriera como siracusano en los Juegos Olímpicos de 480) había enviado una cuadriga para competir en los Juegos Olímpicos y había hecho levantar una lujosísima tienda para su estancia en el

²⁶ Concretamente el suceso que describe Aristófanes se desarrolla en el barrio del Cerámico, en el lugar por donde entraban los corredores en la ciudad, por la llamada Doble Puerta. Allí parece que se concentraba una multitud de espectadores, que además de animar (suponemos) a los corredores, los hacían igualmente objeto de sus burlas, especialmente a los participantes más lentos que corrían rezagados, y quizá los golpearan más o menos en broma. Véase también el fr.459 Kassel-Austin del propio Aristófanes.

²⁷ Cf. J. Vela, *Eneas el Tático. Poliorcética. La estrategia militar griega en el siglo IV a.C.*, Madrid, 1991, *ad loc.*

²⁸ «En una ciudad en la que no reina la concordia y los ciudadanos sospechan unos de otros, es necesario tener la precaución de vigilar las ocasiones en las que sale a la calle una gran multitud para asistir a una carrera con antorchas, a una carrera de caballos o a las demás reuniones sagradas en las que el pueblo entero está fuera de la ciudad».

²⁹ La misma historia se narra en Ael., *VH* IX 5.

santuario; entonces Temístocles, erigiéndose en firme defensor de los principios democráticos, «tomó la palabra entre los griegos allí reunidos y dijo que había que destrozarse y saquear la tienda del tirano e impedir que sus caballos compitieran» (εἰπεῖν ἐν τοῖς Ἑλλήσι λόγον ὡς χρὴ τὴν σκηνὴν διαρπάσαι τοῦ τυράννου καὶ κωλύσαι τοὺς ἵππους ἀγωνίσασθαι). No parece que en este caso Temístocles consiguiera su propósito. Peor suerte que Hierón tuvo durante los Juegos Olímpicos del año 388 a.C. otro tirano de Siracusa, Dionisio I, que acudió a Olimpia con los mismos (o aún más ambiciosos) objetivos que Hierón y una parafernalia mucho mayor, y se topó también él con otro defensor de la democracia, el orador Lisias (originario de Siracusa también él), que propuso lo mismo que había propuesto Temístocles, esta vez con más éxito; he aquí el relato de Diodoro de Sicilia (XIV 109.1-3; véase también D. H., *Lys.* 29):

τῶν δ' Ὀλυμπίων ἐγγὺς ὄντων ἀπέστειλεν εἰς τὸν ἀγῶνα τέθριππα πλείω, διαφέροντα πολὺ τῶν ἄλλων τοῖς τάχεσι, καὶ σκηνὰς εἰς τὴν πανηγυρίαν διαχρύσους καὶ πολυτελέσι ποικίλοις ἱματίοις κεκοσμημένας. ἔπεμψε δὲ καὶ ῥαψωδοὺς τοὺς κρατίστους, ὅπως ἐν τῇ πανηγύρει τὰ ποιήματα αὐτοῦ προφερόμενοι ποιήσωσιν ἔνδοξον τὸν Διονύσιον· σφόδρα γὰρ εἰς τὴν ποιητικὴν ὑπῆρχε μεμηνῶς. τούτων δ' ἐπιμελητὴν συνεξέπεμψε Θεαρίδην τὸν ἀδελφόν· ὃς ἐπεὶ παρεγένετο εἰς τὴν πανηγυρίαν, ἐπὶ μὲν τῷ κάλλει τῶν σκηνῶν καὶ τῷ πλήθει τῶν τεθρίπων ἦν περιβλεπτός· ὡς δ' ἐπεβάλοθ' οἱ ῥαψωδοὶ προφέρεισθαι τοῦ Διονυσίου τὰ ποιήματα, κατ' ἀρχὰς μὲν διὰ τὴν εὐφωνίαν τῶν ὑποκριτῶν συνέδραμε τὰ πλήθη καὶ πάντες ἐθαύμαζον· μετὰ δὲ ταῦτα ἀναθεωροῦντες τὴν κακίαν τῶν ποιημάτων, διεγέλων τὸν Διονύσιον καὶ κατεγίνωσκον ἐπὶ τοσοῦτον, ὥστε τινὰς τολμῆσαι διαρπάζειν τὰς σκηνὰς. καὶ γὰρ Λυσίας ὁ ῥήτωρ τότε διατρίβων ἐν Ὀλυμπίᾳ προετρέπετο τὰ πλήθη μὴ προσδέχεσθαι τοῖς ἱεροῖς ἀγῶσι τοὺς ἐξ ἀσεβεστάτης τυραννίδος ἀπεσταλμένους θεωρούς.³⁰

De todas formas, los evidentes paralelismos que hay entre las dos historias (la que tiene como protagonista a Temístocles y la que protagoniza Lisias) han llevado a sospechar de la veracidad del relato de Plutarco sobre Temístocles, con buenos fundamentos en mi opinión; sería la referida a Temístocles una anécdota falsa, modelada sobre el

³⁰ «Como estaban próximos los Juegos Olímpicos, Dionisio envió a la competición muchas cuadrigas, de lejos las más rápidas, y tiendas para la fiesta, con incrustaciones de oro y adornadas con muy ricos paños multicolores. Y envió también los mejores rapsodos, para que en la fiesta declamaran sus poemas y lo hicieran célebre, porque era un gran apasionado de la creación poética. A la cabeza de esta delegación envió a su hermano Teáridas. Cuando éste llegó a la fiesta, las miradas se posaron en él por la belleza de las tiendas y el gran número de las cuadrigas, y cuando los rapsodos se dispusieron a declamar los poemas de Dionisio, desde el comienzo se concentraron las multitudes a causa de la hermosa dicción de los actores y todos estaban admirados. Pero después se dieron cuenta de que los poemas eran malos, y se burlaron de Dionisio y estaban tan indignados que algunos se atrevieron a destrozarse y saquear las tiendas. En efecto, el orador Lisias, que se encontraba entonces en Olimpia, había incitado a las multitudes a que no admitieran en los juegos sagrados a las delegaciones enviadas por la más impía de las tiranías».

enfrentamiento entre Lisias y Dionisio I. Quizá Teofrasto, la fuente de Plutarco, haya atribuido erróneamente a Temístocles y a Hierón el suceso que protagonizaron en realidad Lisias y otro tirano de Siracusa, Dionisio I³¹.

Si escasas son las noticias que nos han llegado sobre actos violentos cometidos por el público que acudía a los estadios griegos contra los atletas³², más escasas aún, prácticamente inexistentes, son las informaciones que comentan enfrentamientos entre los espectadores, que sin embargo eran frecuentes, como indicamos al comienzo de este trabajo, en los hipódromos romanos y bizantinos e incluso en los hipódromos griegos de la época imperial. La única noticia que hemos encontrado sobre una pelea entre los espectadores que acudían a los grandes juegos procede de un pasaje de Luciano, que se refiere a un altercado que tuvo lugar en Olimpia (*Peregr.* 32); pero incluso en este caso los desórdenes no fueron provocados por motivos deportivos, sino por la presencia en el santuario del enloquecido Peregrino, cuyo anuncio de que iba a arrojar a una pira funeraria hizo que se reunieran allí sus partidarios y detractores, los cuales acabaron llegando a las manos.

A esta noticia de Luciano pueden añadirse algunos textos de interpretación dudosa o discutida³³. Quisiera referirme con algo más de pormenor al que ha sido quizá el más controvertido de ellos. Se trata de una inscripción hallada en 1896 en el estadio de Delos, cuyo original se ha datado hacia los años 470-450 a.C.³⁴:

³¹ Véanse *Plutarque. Vies II*, texto, traducción y notas de R. Flacelière, E. Chambry y M. Juneaux, París, 1968: 228; J.L. Marr, *Plutarch: Lives. Themistocles*, Warminster, 1998, *ad loc.*

³² Nuestras fuentes escritas nos hablan también de algunos casos de atletas que se encararon con los espectadores. Normalmente se considera una invención literaria la anécdota que el poeta epigramático Lucilio atribuye a Milón de Crotona (*A. P.* 11.316): «Una vez Milón fue el único luchador que se presentó a unos juegos sagrados, y al punto el juez del certamen lo llamó para coronarlo. Pero, cuando se acercaba a él, Milón resbaló y cayó sobre un costado. Los espectadores clamaron que no coronara a quien había caído siendo el único participante. Pero Milón se alzó en medio del público y gritó: 'no han sido tres caídas, sino una; ¡que alguien me derribe otras dos veces!'» (véase el comentario de Robert [1968]: 246-254). Por su parte, Polibio (XXVII 9.7-13) cuenta que otro destacadísimo especialista en deportes pesados, Clitómaco de Tebas (vencedor olímpico en 216 y 212), tuvo sus más y sus menos con el público, que se empeñaba en aclamar a su contrincante cada vez que acertaba con un golpe certero. Sobre las responsabilidades jurídicas de los atletas por «daños a terceros» durante las competiciones deportivas, véase Gualazzini (1965): 1 ss. (las fuentes son latinas en su gran mayoría).

³³ Muy discutible es la interpretación de un texto de Polibio (XXVII 9.2-6), que se suele citar como posible ejemplo de disputas entre los espectadores y que, en todo caso, no habla de grandes desmanes. Dice lo siguiente: «Lo sucedido fue semejante a lo que acontece en las competiciones deportivas. En ellas, en efecto, cuando a un atleta famoso e invicto se enfrenta un rival humilde y muy inferior, al instante la multitud otorga sus simpatías al inferior, lo anima y lo apoya en sus acometidas; y si alcanza el rostro de su rival y el golpe deja alguna señal, al punto la reunión (ἀγών) de todos se queda pequeña [a causa del entusiasmo del público]». Algunos intérpretes entienden la palabra ἀγών como «disputa» y entienden la última frase en el sentido de que se producen pequeños enfrentamientos entre los espectadores. Nosotros no compartimos esa interpretación y preferimos la que queda reflejada en nuestra traducción. Véase Weiler (1987): 49 ss., así como el comentario al pasaje de Polibio de F.W. Walbank, *A historical commentary on Polybius*, Oxford, 1979.

³⁴ Cf. E. Schwyzler (1923): n° 321; Brodesen, Günther y Schmitt (1992): I 46.

τὸν φοῖνον³⁵ μὴ φάρην ἐς τοῦ δρόμου. αἱ δὲ κα φάρηι, ἰλαξάστω
τὸν θεὸν ᾧ κα κεραίηται καὶ
μεταθυσάτω κάποτεισάτω πέν-
τε δραχμάς, τούτου δὲ τῶι κατα-
γορήσαντι τὸ ἥμισσον.

El problema principal se encuentra al comienzo y afecta en concreto a la interpretación de la expresión ἐς τοῦ δρόμου. Homolle, su descubridor y primer editor³⁶, entendía ese comienzo en el sentido de que estaba prohibido, bajo pena de una multa, introducir vino en el estadio (bien porque no se permitía beberlo a los atletas, bien para evitar desórdenes entre los espectadores)³⁷; aún han admitido esta interpretación autores como Harris (1964: 158), Sokolowski (1969: 76), Guttman (1986: 17) o Laemmer (1987: 233-234). Sin embargo, en nuestra opinión es preferible con mucho la interpretación que propuso Buck (1955: n° 50, p.239) y que hoy es la más generalmente aceptada: ἐς τοῦ δρόμου equivale a ἐκ τοῦ δρόμου, de manera que lo que dice la inscripción es que está prohibido, bajo pena de una multa, sacar vino del estadio (en referencia al robo del vino que se utilizaba para los ritos sagrados)³⁸. Así pues, en nuestra opinión no puede aducirse esta inscripción como testimonio de que también en los estadios griegos la ingestión de alcohol contribuía a provocar altercados entre el público.

Y poco más podemos decir sobre disturbios suscitados por enfrentamientos entre espectadores en los estadios griegos antiguos, salvo que su prevención y represión estaba a cargo de un cuerpo especial de «policía deportiva» (los ἀλύται, al mando de un ἀλυστάρχης o jefe de policía)³⁹, que armada con látigos y largas varas ponía orden dentro y fuera del estadio, y tanto en los graderíos como en las pistas de competición, castigando también las violaciones del reglamento por parte de los atletas (cf. ya Hdt. VIII 59 y numerosas representaciones iconográficas). De su presencia en los estadios griegos no podemos deducir automáticamente que los disturbios fueran frecuentes. La existencia de este

³⁵ TONEOINON es la lección de la inscripción. Hemos adoptado la corrección que nos parece más verosímil entre las propuestas (otros prefieren τὸ(v) νέοινον «el vino nuevo»). Véase, para éste y otros problemas, el exhaustivo comentario de Rougemont (1977): 11-15, y también Decker (1995: 49).

³⁶ BCH 23 (1899): 611-612. Cf. P. Aupert, *Fouilles de Delphes, II: Topographie et architecture. Le stade*, París, 1979: 36-37.

³⁷ Homolle leía concretamente ἐς τὸ [E]ῦδρόμου, «on n'apportera point du vin dans le sanctuaire d'Eudromos» (un héroe relacionado con el deporte, desconocido por lo demás). Otros, como Sokolowski, prefieren sobreentender περίβολον.

³⁸ «No sacar el vino del estadio. Si alguien lo saca, que se propicie al dios en honor del cual se ha mezclado el vino, y que ofrezca un sacrificio y pague una multa de cinco dracmas, la mitad de la cual para el denunciante».

³⁹ Cf. EM 72.13 ss.; Johannes Malalás, *Chron.* 12.44 y 46, 17.13; también diversas inscripciones deportivas mencionan este cuerpo especial de policía. Véanse los artículos de Reisch «ἀλύται» y «ἀλυστάρχης», en REA I.1 (1894), col. 1711-1712; y también Finley – Pleket (1976): 54-55, Laemmer (1987): 234.

tipo de policía era, naturalmente, inevitable habida cuenta de las ingentes multitudes que se reunían con ocasión de los grandes juegos y las actividades de todo tipo que tenían lugar durante su celebración; de hecho, probablemente en ninguna otra circunstancia se reunían mayor cantidad de griegos juntos como con ocasión de unos Juegos Olímpicos.

Estos son los datos, relativamente muy escasos, que hemos encontrado sobre violencia de los espectadores en los estadios griegos antiguos. ¿Cómo debemos interpretarlos? ¿La llamativa escasez de testimonios nos debe llevar a concluir que sólo muy excepcionalmente se producían episodios violentos protagonizados por el público en los estadios griegos? *A priori* tal conclusión no dejaría de ser sorprendente, dado el enorme entusiasmo y apasionamiento con que el público griego participaba en los espectáculos deportivos, como documentan con frecuencia nuestras fuentes escritas⁴⁰, y habida cuenta también de los intereses de todo tipo, no únicamente deportivos, que rodeaban a los juegos. Pero el hecho es que la escasez de testimonios no es el único argumento que podemos aducir para sostener que en los estadios griegos antiguos los episodios violentos en las gradas eran sorprendentemente escasos⁴¹. Contamos, además, con el testimonio explícito de Filóstrato (*VA V* 26), el cual, como hemos visto, afirma taxativamente que, frente a lo que ocurre en las competiciones del hipódromo, «en Olimpia, donde hay pruebas de lucha, pugilato y pancracio, no ha muerto nadie por causa de los atletas». Y también creo que podemos aducir otro argumento más que me parece significativo. Ciertos aspectos del deporte griego antiguo fueron censurados, a menudo acerbamente, por los intelectuales y hombres de ciencia griegos al menos desde el siglo VI a.C., con Jenófanes de Colofón⁴². Por ejemplo, hacia el año 420, Eurípides, en un muy citado fragmento perteneciente al drama satírico *Autólico* (fr.282 Kannicht), llega a decir que «de entre los innumerables males que hay en Grecia, ninguno es peor que la raza de los atletas», y censura «la costumbre de los griegos, que se reúnen para contemplarlos y rendir honores a

⁴⁰ La bibliografía sobre este tema es abundante: Aigner (1986); Guttman (1986): 14 ss.; Laemmer (1987); Weiler (1987 y 1987 bis); García Romero (1992): 205-208; Villalba (1994): 360 ss.; Müller (1995): 135 y ss.; Decker (1995): 126-129. En los aspectos negativos de este entusiasmo (búsqueda de emociones fuertes, golpes y sangre) insiste, en mi opinión más de lo debido, K-W. Weeber, *Die unheiligen Spiele. Das antike Olympia zwischen Legende und Wirklichkeit*. Zürich-Múnich, 1991: 174-175, 182 ss. Los textos que nos hablan de las reacciones de los espectadores en los estadios griegos se encuentran recogidos en el apartado correspondiente de cada uno de los volúmenes de la serie «Quellendokumentation zur Gymnastik und Agonistik im Altertum», dirigida por Ingomar Weiler y realizada por Monika Lavrencic, Georg Doblhofer, Peter Mauritsch, Ursula Schachinger, Theodor Aigner, Barbara Mauritsch-Bein y Werner Petermandl (*Diskos*, 1991; *Weitsprung*, 1992; *Speerswurf*, 1993; *Boxen*, 1995; *Pankration*, 1996; *Ringen*, 1998; *Laufen*, 2002).

⁴¹ Pese a la incredulidad de Guttman (1986): 18.

⁴² Un estudio muy completo puede encontrarse en Müller (1995). Véanse también P.A. Bernardini, «Esaltazione e critica dell' atletismo nella poesia greca dal VII al V secolo a.C. Storia di un'ideologia», *Stadion* 6 (1980): 81-111; García Romero (1992): 75-84 y 162-170; V. Visa-Ondaquhu, *L'image de l'athlète d'Homère à la fin du V^e siècle avant J.C.*, París, 1999; y en concreto sobre el fragmento de Eurípides, A. Iannucci, «Euripide (satiresco) e gli 'sportivi': note di lettura a Eur. Fr.282 N²», *Quaderni di Filologia di Torino* (1998): 31-48.

placeres inútiles», y alude incluso a la violencia de ciertas disciplinas deportivas, pero nada comenta de la violencia del público en los estadios. Y lo mismo podemos decir de los muchos autores posteriores que, durante casi un milenio, critican las competiciones deportivas, a los atletas y a quienes los contemplan. Es más, los autores cristianos, particularmente Tertuliano y Novaciano en sus respectivos *Sobre los espectáculos*⁴³, atacan con enorme dureza⁴⁴ el carácter pagano de los espectáculos deportivos, la indignidad que, en su opinión, supone estar dispuesto a recibir en público puñetazos, pisotones, patadas, codazos y presas de todo tipo, la inutilidad y frivolidad de las carreras, los saltos y los lanzamientos, por supuesto el hecho de exhibirse desnudos en público y en general el culto al cuerpo que aprecian en el deporte griego; pero nada dicen del comportamiento violento de los espectadores en los estadios y en cambio sí se refieren a ello cuando hablan del hipódromo y el circo. En mi opinión es indudable que los autores cristianos (y también los paganos griegos) no hubieran dejado de comentar y censurar los actos violentos del público si hubieran sido más o menos frecuentes en los estadios griegos, de manera que también este hecho pienso que nos lleva a concluir que no lo eran.

¿A qué puede deberse esa escasez de violencia en el comportamiento de los espectadores que acudían a los estadios griegos, si comparamos con lo que presenciarnos en al menos algunos tipos de espectáculos deportivos modernos? Muy probablemente confluyeran varias causas, de las que quisiera apuntar concretamente dos.

En primer lugar, nunca debemos olvidar que los juegos deportivos griegos eran un acto de culto y que ese carácter religioso se mantuvo vivo durante buena parte de su historia, en especial durante las épocas arcaica y clásica. La esencia religiosa de los juegos deportivos griegos permitió, por ejemplo, la instauración de la llamada «tregua sagrada» (ἔκεχειρία). Es cierto que, como han demostrado sobre todo los estudios de Manfred Laemmer⁴⁵, los efectos de esa tregua eran mucho más limitados de lo que tradicio-

⁴³ Ambas obras están traducidas al español, con extensos estudios introductorios y anotaciones, por M.A. Betancor, G. Santana y C. Vilanou, *De spectaculis. Ayer y hoy del espectáculo deportivo*, Las Palmas-Madrid, 2001. Sobre la crítica del deporte en los autores cristianos, véanse los siguientes trabajos: A. Koch, «Sobre el problema 'Cristianismo y ejercicios físicos'», *Citius Altius Fortius* 10 (1968): 333-351; A. Ortega, «Metáforas del deporte en San Pablo», *Helmantica* 15 (1964): 71-105; V.C. Pfitzner, *Paul and the agon motif. Traditional athletic imagery in the Pauline literature*, Leiden, 1967; W. Weismann, *Kirche und Schauspiele. Die Schauspiele im Urteil der lateinischen Kirchenväter unter besonderer Berücksichtigung von Augustin*, Würzburg, 1972; E. Winter, «Die Stellung der frühen Christen zur Agonistik», *Stadion* 24 (1998): 13-29. Véase, en general, Y. Brossard, *El deporte. Puntos de vista cristianos*, Barcelona, 1968.

⁴⁴ Véase sobre todo el capítulo XVIII de Tertuliano y el VIII de Novaciano.

⁴⁵ Laemmer (1982-83). Véanse también, además de las obras generales sobre deporte griego (por ejemplo, Harris [1964]: 155-156; Finley-Pleket [1976]: 98 ss.), los siguientes trabajos: F.J. Fernández Nieto, «Tregua sagrada, diplomacia y política durante la Guerra del Peloponeso», en E. Frezouls & A. Jacquemin (eds.), *Les relations internationales*, Paris, 1995: 161-187; O. Peim, «Die Verwendung der antiken ἔκεχειρία durch die Begründer und Organisatoren der modernen Olympischen Spiele», en A. Krüger & W. Buss (eds.), *Transformationen. Kontinuitäten und Veränderungen in der Sportgeschichte*, I, Hoya-Cöttingen, 2002: 187-194; U. Simri y J.R. Polidoro, «The sage of the ekecheiria: fact or fiction», *ibidem*: 225-236. Para un tratamiento más general, cf. A. Höfer, *Der Olympische Friede. Anspruch und Wirklichkeit einer Idee*, Sankt Augustin, 1994.

nalmente se venía sosteniendo: la ἔκχειρία no suponía un cese absoluto de las hostilidades bélicas durante el período, bastante extenso, en el que estaba en vigor, sino simplemente una especie de salvoconducto que permitía a espectadores y atletas viajar a Olimpia o a los demás santuarios para asistir e intervenir en las competiciones y luego regresar sanos y salvos a sus respectivas ciudades, de manera que los constantes enfrentamientos entre las ciudades griegas no impidiesen la celebración de los juegos. Ello no obstante, el simple hecho de que se pudiera implantar una «tregua sagrada», aun con sus limitaciones, es un indicio de que el carácter sagrado de los juegos pudo ser un freno para la proliferación de comportamientos inadecuados por parte tanto de atletas como de espectadores⁴⁶. Recuérdese que Filóstrato (*Gymn.* 45), cuando critica la corrupción del deporte en su época, sugiere que la excepción eran los Juegos Olímpicos, cuyo prestigio y carácter sagrado los habían preservado de esa lamentable tendencia generalizada; y recuérdese también que los Juegos Olímpicos modernos, aunque no son evidentemente un acto de culto como en la Antigüedad, sí que tienen un carácter especial que posiblemente haga que el público acuda a ellos con mayor disposición a disfrutar del espectáculo y mucha menos predisposición a comportarse inadecuadamente. Además, en el caso de los juegos antiguos probablemente debamos tener en cuenta otro efecto disuasorio que conllevaba el hecho de que las competiciones deportivas fueran actos de culto: cualquier acto de violencia cometido dentro de un recinto sagrado era castigado penalmente no sólo como una alteración del orden público, sino también como un delito religioso⁴⁷, lo cual aumentaba considerablemente la pena imponible, que podía llegar incluso a la condena a muerte. Este hecho no lo tenemos documentado a propósito de los festivales deportivos, pero sí a propósito de otro tipo de actividad que gozaba de un *status* comparable como son los concursos teatrales. Efectivamente, Demóstenes (*In Mid.* 21.175 ss.) se refiere a las penas impuestas a diversos individuos que habían agredido a otros en el teatro de Dioniso en Atenas (por un quítame allá este asiento) o en procesiones religiosas o durante la celebración de cultos místicos. Así pues, el carácter religioso de los festivales deportivos griegos supuso en mi opinión un freno que impidió la proliferación de actos de violencia, aunque probablemente no bastara cuando las pasiones se desbordaban, por ejemplo en el caso de las rivalidades entre las diversas *facciones* de los hipódromos.

Y otra posible causa de que la violencia por parte de los espectadores no fuera frecuente en el deporte griego antiguo es el hecho de que en los grandes juegos no había deportes de equipo (los tipos de disciplina deportiva que por lo visto más excitan a la violencia en el mundo moderno), sino únicamente competiciones individuales⁴⁸.

⁴⁶ Cf. Laemmer (1987): 234; Albanidis (2004): 65 ss.

⁴⁷ Cf. ya Cardiner (1930): 33 y 103.

⁴⁸ Por otro lado, las *facciones* del circo y del hipódromo no existían en la Grecia arcaica, clásica y helenística; cf. Thuillier (1996): 156-157; Weiler (1987): 148.

Tal ausencia de violencia no significa, por supuesto, que las ciudades griegas⁴⁹ no se sintieran representadas por sus atletas y se identificaran con ellos con el entusiasmo que bien conocemos en el deporte moderno. Basta leer los epinicios de Píndaro y Baquílides y las abundantísimas informaciones que las fuentes antiguas nos transmiten sobre las espectaculares recepciones de que eran objeto los atletas vencedores a su regreso a la patria y las recompensas económicas y honoríficas que recibían⁵⁰, para comprender que las ciudades griegas sentían como propias las victorias (ya mucho menos las derrotas) de sus atletas. Esa identificación de la ciudad con sus atletas podía llegar incluso hasta el punto de que una ciudad influyente como Atenas se enfrentara a las autoridades olímpicas y, recurriendo a presiones diplomáticas y a amenazas de boicotear los juegos, se pusiera de parte de su atleta, aún a sabiendas de que éste había hecho trampas en la competición⁵¹. Pero, en todo caso, parece que los enfrentamientos entre las ciudades griegas (cuyas constantes y agudas rivalidades mutuas son bien conocidas de todos) se dilucidaron por otros cauces diferentes del deportivo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AIGNER, Heribert (1986), «Zuschauer, Schiedrichter, Veranstalter. Ihr Einfluss auf Gestaltung und Ausgang von Wettkämpfen im Altertum», en B. Günter (ed.), *Sport in unserer Zeit*, Viena: 67-80.
- ALBANIDIS, Evángelos (2004), *Ιστορία της άθληση στον αρχαίο Ελληνικό κόσμο*, Tesalónica-Atenas.
- AUGUET, Roland (1972), *Crueldad y civilización. Los juegos romanos*, Barcelona.
- BECKEL, Guntram (1981), art. «Amykos» en *Lexicon Iconographicum Mythologiae Classicae*, Zürich-Múnich: I 738-742.
- BILINSKI, Bronislaw (1960), *L'agonistica sportiva nella Grecia antica. Aspetti sociali e ispirazioni letterarie*, Roma.

⁴⁹ Es posible, por otro lado, que en el estadio de Olimpia (y lo mismo debemos pensar de otros lugares) los espectadores de una misma ciudad tendieran a sentarse juntos. Así al menos parece deducirse de una anécdota que narra Plutarco en *Máximas de espartanos* (55, 235c-e). Recuérdese que en el teatro ateniense los miembros de una misma tribu se sentaban obligatoriamente en el mismo sector.

⁵⁰ Cf. García Romero (1992): 69 ss. Recuérdese, por ejemplo, el recibimiento de que fue objeto en Acragante, según Diodoro de Sicilia (XIII 82,7), el corredor Exéneto tras vencer en la carrera del estadio en los Juegos Olímpicos de 412 a.C.: «Lo condujeron a la ciudad sobre un carro, y lo escoltaban, aparte de otras cosas, trescientas bigas de caballos blancos, todas pertenecientes a los propios acragantinos». Véase también Weiler (1987): 147-148.

⁵¹ En 332 a.C. el pentatleta ateniense Calipo quiso pagar a sus rivales para que se dejaran vencer. El intento de soborno fue descubierto y Calipo expulsado de la competición y obligado a pagar una fuerte multa. Los atenienses enviaron entonces una delegación oficial encabezada por el orador Hiperides para que tratara de persuadir a los jueces olímpicos de que le levantaran el castigo al atleta. Éstos, naturalmente, se opusieron a ello y entonces los atenienses boicotearon los juegos. Finalmente hubo de ser el dios de Delfos quien resolviera el conflicto, declarando que no daría ningún oráculo a los atenienses hasta que la multa fuera pagada; los atenienses hubieron de ceder ante tal amenaza. Véase sobre este caso el agudo análisis de I. Weiler, «Solidarität mit einem korrupten Athleten. Eine Verfallsercheinung aus sporthistorischer Sicht?», en B. Günter (ed.), *Sport in unserer Zeit*, Viena, 1986: 88-103, y «Korruption in der olympischen Agonistik und die diplomatische Mission des Hyperides in Elis», en A.D. Rizakis (ed.), *Achaia und Elis in der Antike*, Atenas, 1991, 87-93.

- BRODESEN, Kai, GÜNTHER, Wolfgang y SCHMITT, Hatto H. (1992), *Historische griechische Inschriften in Übersetzung*, Darmstadt.
- BUCK, Carl Darling (1955), *The Greek dialects*. Chicago.
- CAMERON, Alan (1976), *Circus factions. Blues and Greens at Rome and Byzantium*, Oxford.
- CROWTHER, Nigel B. (1996), «Sport violence in the Roman and Byzantine Empires: a modern legacy?», *IJHS* 13: 445-458.
- DECKER, Wolfgang (1995), *Sport in der griechischen Antike*, München.
- DEL CORNO, Dario (1971-74), «Il satiro e la fonte: l'*Amykos* di Sofocle», *Dioniso* 45: 207-223.
- FINLEY, Moses I. & PLEKET, Henri W. (1976), *The Olympic Games. The first thousand years*, Nueva York.
- GARCÍA ROMERO, Fernando (1992), *Los Juegos Olímpicos y el deporte en Grecia*, Sabadell.
- , (2003 [2005]), «Ancora sullo sport nei proverbi greci antichi», *Nikephoros* 16: 47-60.
- GARDINER, E. Norman (1930), *Athletics of the Ancient World*, Oxford (reimpreso Chicago, 1979).
- GUALAZZINI, Ugo (1965), *Premesse storiche al diritto sportivo*, Milán.
- GUTTMANN, Allen (1986), *Sport spectators*, Nueva York.
- HARRIS, Harold Arthur (1964), *Greek athletes and athletics*, Londres.
- , (1972), *Sport in Greece and Rome*, Ithaca.
- KYLE, Donald G. (1984), «Non-competition in Homeric sport: spectatorship and status», *Stadion* 10: 1-19.
- LAEMMER, Manfred (1982-83), «Der sogenannte Olympische Friede in der griechischen Antike», *Stadion* 8-9 (1982-1983): 47-83 (traducción italiana en P.A. Bernardini [ed.], *Lo sport in Grecia*, Roma-Bari, 1988).
- , (1987), «Spectators and their behaviour at contests in Ancient Greece», en J.E. Mangan (ed.), *Proceeding of the XI HISPA International Congress*, Glasgow: 232-235.
- LEE, Hugh M. (1983), «The sport fan and 'team' loyalty in Ancient Rome», *Arete. The Journal of Sport Literature* 1: 139-145.
- MÜLLER, Stephan (1995), *Das Volk der Athleten. Untersuchungen zur Ideologie und Kritik des Sports in der griechisch-römischen Antike*, Tréveris.
- PATRUCCO, Roberto (1972), *Lo sport nella Grecia antica*, Florencia.
- ROBERT, Louis (1968), «Les épigrammes satiriques de Lucillius sur les athlètes: parodie et réa-lités», en el volumen colectivo *L'épigramme grecque*, Vandoeuvres-Ginebra: 181-291.
- ROUCEMONT, Georges (1977), *Corpus des inscriptions de Delphes. I: lois sacrées et réglements religieux*, París.
- SCHWYZER, Eduard (1923), *Dialectorum Graecorum exempla epigraphica potiora*, Leipzig (reimpr. Hildesheim, 1960).
- SOKOLOWSKI, Franciszek (1969), *Lois sacrées des cités grecques*, París.
- THUILLIER, Jean-Paul (1996), *Le sport dans la Rome antique*, París.
- VILLALBA, Pere (1994), *Olímpia. Orígens dels Jocs Olímpics*, Barcelona.
- WEILER, Ingomar (1974), *Der Agon im Mythos*, Darmstadt.
- , (1988²), *Der Sport bei den Völkern der Alten Welt*, Darmstadt.
- , (1987), «Zum Verhalten der Zuschauer bei Wettkämpfen in der Alter Welt», en E. Kornexl (ed.), *Spektrum der Sportwissenschaften. Festschrift zum 60. Geburtstag vom Friedrich Fetz*, Viena: 43-59 (recogido en P. Mauritsch, W. Petermandl y B. Mauritsch-Bein [eds.], *Ingomar Weiler. Die Gegenwart der Antike. Ausgewählte Schriften zu Geschichte, Kultur und Rezeption des Altertums*, Darmstadt, 2004: 133-149).
- , (1987 bis), «Zuschauerverhalten bei antiken Wettkämpfen», en J.E. Mangan (ed.), *Proceeding of the XI HISPA International Congress*, Glasgow: 322-325.